

lo que repetimos por tres veces antes de aproximarnos al altar ! *Domine, non sum dignus*. Señor, no soy digno de recibirlos en mi corazón. ¿ Es preciso por ello alejarnos de Él y privarnos de las innumerables gracias, que recibiría nuestro corazón, si comulgásemos con más frecuencia ? Escuchad una historia, á fin de que os instruya y reanime. Un día San Pedro Celestino, atormentado por semejantes dudas, y no sabiendo si era preferible abstenerse de comulgar ó hacerlo con más frecuencia, se encaminaba á Roma, con objeto de que el Soberano Pontífice le diese consejo acerca de éllo.

Después de haber andado algunas horas, encontró en el camino al piadoso sacerdote, que le había vestido con el hábito monástico y el cual había muerto algunos años antes en olor de santidad. « Hermano mío, le dijo el repetido sacerdote, tienes razón, lo que piensas es verdad ; hasta los mismos Ángeles no son dignos de recibir el cuerpo sagrado del Salvador. Y, sin embargo, Él es tan bueno, que quiere que se le reciba !... Guárdate, pues, de disminuir el número de tus comuniones, porque eso haría disminuir las gracias y más dulces favores, que Dios te concede. » El santo sacerdote desapareció, y Pedro Celestino, reanimado con estas palabras, no alteró en lo más mínimo el número de sus comuniones, llegando á ser un santo, que la Iglesia venera en sus altares ¹.

PERORACIÓN. Ya veis, pues, hermanos míos, como Jesús desea que le recibamos. ¡ Oh, no quiero decirlo que lo manda, bajo pena de ver á nuestras almas privadas de la vida... Tampoco quiero repetirlos que la Iglesia lo manda, prefiero, amados hermanos míos, interesar en éllo el amor de vuestros propios corazones. Teneis fé ; ¿ no es así ? Pues bien, vais á comprenderme. Cuando el niño Jesús fué presentado al templo, un santo anciano, llamado Simeon, le recibió en sus brazos, estrechóle contra su corazón, y enagenado de contento, sintiendo defallecer su alma á este contacto divino, exclamaba : « ¡ Basta Señor, basta. ! » Ahora

1. Conf. Tobias Lohner, *Bibliotheca manualis*, etc.

dejadme morir, mis ojos han visto ya, y mis brazos estrechado á Aquel, que ha de ser la salvación del mundo... *Nunc dimittis*, ahora dejadme morir. » En efecto, qué mayor dicha !... o santo anciano, sí, envidiamos vuestra suerte. Haber estrechado al niño Jesús contra su corazón, oh Dios mío, qué gracia tan sublime !...

Pues bien, amados cristianos, cuando tenemos la dicha de comulgar, el favor, que experimentamos, estodavía más grande !... ¡ Oh divino Jesús, que estais presente y entero en la santa Hostia, no os contentais con venir á nuestros brazos y á nuestro corazón, sino que quereis entrar en nuestra boca y ser depositado en nuestra lengua, bajando luego al pecho, y vivo y lleno de amor para con nosotros, os dignais albergaros en lo más íntimo de nuestros corazones !... mezclándose vuestra sangre con la nuestra y vuestra vida con nuestra vida ¹. Simeon no os recibió más que una sola vez en sus brazos, muriendo de amor y alegría ; y nosotros podemos recibirlos y hospedaros dentro de nuestras almas cuantas veces queremos, y con todo miramos con indiferencia tan extraordinarios favores. ¡ Oh, hermanos míos, cuán ingratos somos ! ¡ Oh almas queridas, que no sea solamente el mandamiento de la Iglesia el que nos lleve á la sagrada mesa durante estos días de gracia. No, no, que sea el tierno amor al divino Jesús, y el vivo deseo de permanecerle fieles mientras habitamos en esta tierra, para que de este modo podamos estar á su lado en la bienaventuranza eterna... Amen.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DIA DE PASCUA DE RESURRECCION.

Triunfo de Jesucristo.

TEXTO. *Surrexit, non est hic, ecce locum ubi posuerunt eum*. Ha resucitado, no está aquí, ved el lugar en donde le pusieron.

1. Conf. d'Argentan, las *Grandezas de la santísima Virgen Maria*.

EXORDIO. — Hermanos míos, el Evangelio de esta fiesta tan solemne nos dice lo siguiente : « En aquel tiempo, María Magdalena, María, madre de Santiago y María Salomé compraron aromas para venir á unguir á Jesús. Y el primer día de la semana muy de mañana llegaron al sepulcro, á la salida del sol. Y decíanse unas á otras : ¿ Quién nos removerá la piedra, que cierra el sepulcro?... Y mirando vieron revuelta la piedra del sepulcro, que por cierto era muy grande, y entrando dentro, vieron un jóven sentado al lado derecho, vestido de una estola cándida, y se quedaron pasmadas, más él les dijo : « No os asustéis ; buscáis á Jesús Nazareno el crucificado ; ha resucitado, no está aquí : ved el lugar, en donde le pusieron : pero id á decir á sus discípulos y á Pedro, que Él les precede, esto es que va delante de ellos á Galilea : allí le veréis, como Él mismo os ha dicho. »

¡ Cuántas cosas, hermanos míos, encierra este simple relato !... Agradecimiento, ternura y amor por parte de estas piadosas mujeres, que van á visitar el sepulcro de Jesucristo !... Ángel celestial, qué haces pues sentado sobre este divino sepulcro ? — ¡ Ah, Él que estuvo allí durante tres días acostado es mi Criador y Maestro ; me ha dicho : « Vé », y dócil á su mandamiento, vengo á anunciar á estas devotas almas la Resurrección de Aquel, á quien amaban. Ha resucitado, no está aquí : He ahí el lugar, en donde le habian puesto ! ¿ Y quién ha resucitado pues ? Él que contemplábamos, hace tres días, cargado con una pesada cruz, rociando con su sangre la via del Calvario, perseguido hasta en su agonía por la rabia de sus enemigos, y expirando sobre dicha cruz, despues de haber rogado á Dios por sus verdugos !. Satisfechos con su suplicio, los judíos que le perseguian han dejado su cadáver suspendido del patíbulo ; piadosas manos han venido á desclavarlo, dándole sepultura. — ¿ Pero, quién le ha resucitado ?... Él mismo, por su propio poder, sacudiendo los sudarios que le envolvian, se ha levantado glorioso é inmortal de su sepulcro. Le habeis visto primero que nadie, o dulce Virgen María ; regocijaos, pues, en este día, gloriosa Reina de los cielos ; El que se ha dignado ser vuestro hijo, ha dejado su sepulcro, re-

sucitando como lo había prometido. *Surrexit, non est hic, etc.*

PROPOSICION. Amados hermanos míos, cuán hermosa y atractiva es esta fiesta para nuestros corazones ! ¿ No habéis venido esta mañana á este recinto sagrado en mayor número, que otras veces ? Ved como apenas nuestra amada Iglesia es bastante capaz para conteneros. ¡ Oh, ¿ qué os diré, pues, y cómo cumpliré vuestros deseos ? Os hablaré del triunfo y del poder de Jesucristo.

DIVISION. Sí, á pesar de la rabia y furor de los impíos y perseguidores de nuestras días, son siempre verdaderas estas palabras, que nuestros antiguos reyes habian grabado sobre las monedas francesas : *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*¹, Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera, tres pensamientos sobre los cuales llamaré esta mañana vuestra atención.

Primera parte. Cristo vence. Ved, en efecto, amados cristianos, como sabe deshacer los artificios de sus enemigos !... Un día los Filisteos, no atreviéndose á apoderarse resueltamente de un hombre fuerte, llamado Sanson, y cuya historia todos conoceis, tienen noticia de que debe él pasar la noche en cierta ciudad ; aprovechan las tinieblas, para atrancar y cerrar sólidamente las puertas de la misma... ¡ Es nuestro, decían, é imposible que se nos escape ! » Sanson, á quien Dios había dado una fuerza colosal, se levanta en medio de la noche, arranca las puertas con sus cerrojos y goznes, las carga sobre sus espaldas, y las transporta sobre una montaña vecina. Y al día siguiente pudieron comprender los Filisteos la inutilidad de sus esfuerzos, y ver cuánto habian aumentado la gloria de este hombre valeroso, el cual desde entonces desafiaba á todo su ejército....

¡ Oh, cuáles, pues, debieron ser tambien los pensamientos de los Fariseos, de los Scribas y otros enemigos del Salvador en la mañana de su Resurrección !... ¡ Habian tambien tomado tantas precauciones ! Estaban tan seguros de su hecho !... ¿ No habian dicho como último ultraje : « Que descienda de su cruz, y creerémos en

1. No sé si existian sobre toda clase de moneda, pero las he visto todavía sobre sueldos de oro de Carlos el Sabio y de su nieto.

él... » ¡Insolentes! ¿ teneis acaso derecho á imponerle vuestra voluntad? Si no quiere descender de élla, si quiere expirar en la misma!... Que creais en Él? Lo desea Él mismo, pero desgraciadamente vuestro endurecimiento os impide alcanzar este favor!... Tomemos todavía otra precaución, habían dicho los más astutos de estos infames; van á enterrarle, pongamos nuestro sello sobre su sepulcro, y que nuestros soldados lo vigilen, á fin de que no pueda resucitar, como lo ha anunciado. « O adorable providencia de Dios, vos haceis servir al cumplimiento de vuestros deseos misteriosos la misma perversidad de los malos!... Y, en efecto, hermanos míos, el sello puesto, y los soldados que están allí vigilando, ¿ no son acaso testigos seguros é irrecusables de la Resurrección del Salvador? Á la hora anunciada, viene el alma de Jesucristo á unirse de nuevo á su cuerpo, el cual radiante y glorioso atraviesa la piedra del sepulcro, como los rayos de la luz atraviesan estas vidrieras. Y apenas el sol doraba con sus rayos las cimas del Calvario, cuando Jesús, el sol de justicia, vencedor de la muerte y de sus enemigos, se aparecía á su dulce madre para consolarla de los dolores y ansias de su Pasión. Admirados de este prodigio, habían caído los guardias al suelo, y llenos aun de miedo marcháronse á contar á los enemigos del Salvador el grandioso prodigio, de que acababan de ser testigos presenciales. « Estáis vencidos, les dijeron, él que habeis crucificado ha resucitado, ha salido victorioso del sepulcro. Nosotros hemos visto su gloria ¡ ah qué esplendor le rodeaba!... »

Amados hermanos míos, entre los testigos de este prodigio ¿ se convertirían algunos, mientras otros habrán permanecido en su endurecimiento? No lo sé, porque no nos habla de éllo el Evangelio, pero lo averiguado es, que inaccesible desde entonces á todas los ataques, Jesucristo era vencedor. Asimismo sucede hoy. Muchos se declaran enemigos de nuestro adorable Salvador, le atacan y le combaten, pero no pueden despojarle de su victoria... Unas veces son domados por su inefable misericordia, como san Pablo, y otros tantos impíos é incrédulos, que con frecuencia se convierten; otras veces sucumbiendo á los golpes de su justicia.

y castigados de una manera ejemplar acá en la tierra, paran en ser prisioneros suyos para siempre; y sabéis en qué cárcel!... Así es que siempre, siempre es vencedor el Cristo! *Christus vincit...*

Segunda parte. Cristo reina. Leemos en el Evangelio de la Pasión, que el débil Pilato (cuyo carácter por lo demás es semejante al de tantos hombres de nuestros días, los cuales por no perder su tranquilidad, consideración, fortuna ó ascenso, saltan por encima de su conciencia, y sacrificarían de buena gana á un inocente); leemos, repito, que Pilato hizo á nuestro divino Salvador esta pregunta: *Ergo rex es tu*, luego tu eres Rey? El divino acusado respondió: « Sí, lo soy », pero mi reino no es de este mundo; » Es decir, hermanos míos, que quiere de buena gana sufrir, que acá en la tierra su reino sea desconocido por los infieles, los herejes y malos cristianos; es decir aun, que en el cielo solamente quiere manifestar su poder de una completa manera. Pero si, como nuestros padres decían, antes de que nuestra pobre Francia fuese trastornada por tantas revoluciones, si la dignidad real es un título de honor y amor, oh Jesús, aun en esta tierra, en estos tiempos en que el sensualismo y la indiferencia parecen aniquilarlo todo, sois aun rey, más que ningun otro de los potentados de este mundo! En efecto amados cristianos, ¿ no es la solemnidad de este día una prueba de ello? ¿ No es con objeto de honrarle y atestiguarle, que en vuestros corazones arde todavía una chispa de amor para con Él, que os habeis vestido esta mañana en traje de fiesta y millares de fieles de todas partes del mundo llenan á esta hora sus templos? Y aun en el día de la Resurrección, ¿ no era ya honrado y amado? ¿ Es que acaso no reinaba ya en nuestros corazones?

O piadosas mujeres, ¿ para qué os habeis levantado antes de la aurora? ¿ para qué estos perfumes entre vuestras manos? ¿ para qué desde los primeros albores del día subís la pendiente escarpada del Calvario?... ¿ Es pues tambien un rey para vosotras Él que fué crucificado anteayer, y que pensabais que aun dormía allá en su sepulcro de piedra?... Sí, hermanos míos, es el

rey de sus almas; y reinar sobre las almas es ser verdaderamente un rey. Ved, pues, á santa María Magdalena, llena de ansiedad, esperando que se le diga en donde está; ved, pues, á san Pedro y á san Juan, sacudiendo los sudarios del sepulcro; escuchad la conversación de los discípulos de Emmaus, y veréis que aun en ese tiempo habia súbditos adictos y fieles!... O María, dulce Madre de Jesús, despues del cielo, ¿no es vuestro corazon el más hermoso reino, y Jesús no era su rey?... Ciertamente, amados cristianos, no acabaría ya, si quisiera recorrer la historia de la Iglesia, y mostraros Jesucristo amado y honrado, es decir, reinando y triunfando á través de los siglos. Por Él, más de tres millones de mártires sufren los tormentos más crueles, los más inauditos suplicios. Niños, jóvenes, hombres, mujeres, ancianos de toda edad; obispos, sacerdotes, soldados, jueces, ricos, pobres, dueños, servidores de toda condición, ved esta inmensa muchedumbre, bajo las garras de los animales ó bajo el hacha de los verdugos, pronunciando unánimamente este mismo grito: « Jesucristo es mi rey, muero por Él; suya es mi vida, suyos son todos los látidos de mi corazon; suya es hasta la última gota de mi sangre. » *Christus regnat, Sí, reina!*...

Pero ¿es acaso necesario remontarse á los siglos pasados? ¿Acaso nuestro siglo no nos suministraría un contingente de estas espléndidas abnegaciones, y del reino de Jesucristo sobre las almas? ¡Oh, no os hablaré de esas Hermanitas de los pobres, cuidando con ternura filial á ancianos desvalidos y enfermos, prodigándoles los servicios mas generosos y repugnantes á la naturaleza. No os mostraré esas Hermanas de la caridad disputándose á porfía en las hospitales el cargo de cuidar las más asquerosas y contagiosas enfermedades. No os hablaré tampoco de tantos valerosos misioneros, abandonando á sus familias y al suelo siempre caro de la patria, para marcharse léjos á las islas salvages, ó á las regiones insalubres, á anunciar con peligro de su vida á pobres almas desheredadas el nombre de Jesucristo. Y, ¿qué príncipe reinó jamás sobre almas más nobles y en corazones mas valientes? Pero existen en este mismo tiempo, y en un imperio,

llamado el Japon, muchos millares de Cristianos, que, para conservar su fé, para permanecer fieles al rey Jesús, desafían los tedios de la pobreza, las privaciones de todo género, y los horrores del más duro cautiverio... De su vida ah! estos generosos cristianos no hacen caso, la sacrificarían de buena gana por Él, que reina en sus corazones. Pues bien! existe ningun príncipe sobre la tierra, cuyo reino esté así establecido en los corazones, y que pudiese contar con semejantes sacrificios? *Christus regnat. Sí, Cristo reina.*

Tercera parte. Cristo impera. Todo poder le ha sido dado en el cielo y en la tierra, y este poder lo ejerce... Quiérase ó no, es menester estar bajo su imperio!

Manda á la muerte devolverle su cuerpo glorioso y resucitado, y la muerte, reconociendo en Él á su dueño, obedece! Manda á un ángel venir sobre su sepulcro vacío, para anunciar á los Apóstoles, que vayan á reunirse en Galilea, y el mensajero celestial reconoce en Él su soberano! Despues de algunos días su misión sobre la tierra quedará terminada, y ascenderá triunfante hácia su Padre; pero hará á sus Apóstoles y á su Iglesia fieles depositarios de su poder, y con ella gobernará el mundo... Pocos siglos habrán trascurrido cuando la cruz, cetro de su poder y señal sagrada de su autoridad, dominará en el palacio de los Césares, y resplandecerá sobre los templos purificados de los ídolos... Naciones enteras vendrán á ponerse bajo su yugo, y los pueblos más lejanos le saludarán como su dueño... Si á veces ocurren rebeliones, cobardías ó flojedades, servirán, en cierto modo, para afirmar más su imperio. Así, en medio de los calores del verano, vemos las lluvias y tempestades acelerar la madurez de los frutos y fertilizar los campos...

¡Ah, cuántas nobles inteligencias, cuántos generosos corazones han reconocido su imperio! Con qué felicidad le han servido! No hablemos ya de mártires. Ved á este jóven de la ciudad de Asís, en la flor de su edad; la fortuna de su padre le permite satisfacer todas sus pasiones; Jesucristo le dice: « Abandona á tu familia, renuncia á tus bienes todos; que la pobreza sea para

siempre tu herencia. » Y con docilidad y alegría este jóven, que más tarde era san Francisco de Asís, deja su fortuna, exclamando con transportes de contento : « ¡ Oh santa pobreza, sí, seré para siempre tu hijo ! » Y ¡ millares de almas generosas siguen su ejemplo, para obedecer no tan sólo las órdenes, sino los menores consejos de Cristo... Ved á esotro, que recorre las llanuras del Japon, quemado por el sol, agotado de fatiga; ha convertido ya para su Maestro reinos enteros : este es san Francisco Xavier. Genio noble y lleno de ardor, un bello porvenir le aguardaba en el mundo ; pero Cristo le ha dicho : « Parte » y partió con alegría. Y cuando, extenuado por los trabajos, moría entre incendios de amor divino, decía : « Más, más ! » Sí, Salvador mío, mandad más, y os obedeceré... » Y ahora entremos en este hospital, en donde están amontonados los apestados; ved á este jóven tan modesto, que prodiga á los más abandonados tan tiernos cuidados : es Luis de Gonzaga. Cristo le ha dicho : Renuncia al ducado de tu padre, entra en ese hospital á buscar una muerte temprana ; y, en efecto, atacado él mismo de la peste, murió en lo mejor de su edad, bendiciendo á Cristo, por lo que le había mandado.

¡ Oh no acabaría, si quisiera enumerar todas estas santas obediencias de las grandes almas á la palabra del Cristo ! Y en nuestros mismos días, y en esta misma hora, ¿ quién ha arrancado de Ginebra, para arrastrarle al destierro, al elocuente Apóstol de esta ciudad ? ¿ Quién ha despojado de sus bienes al piadoso obispo de Basilea ? — Los revolucionarios, diréis. — No, no, hermanos míos ; es el mandamiento de Cristo y la sumisión á sus únicas órdenes lo que proporcionó á esos dos nobles prelados los honores de la persecución !... Si hubieran querido ser débiles y transigir con sus deberes, les prodigaría la impiedad los elogios, con que distingue á los apóstatas. Pero Dios les había dicho : « Lo que se pide de vosotros no está permitido ; » y han obedecido á Cristo mandando. *Christus imperat.* Cristo manda.

¿ Quereis aun una prueba más sorprendente del poder del Cristo ? Mirad al sublime Pontífice, que preside los destinos de la Iglesia. Los años, que acaban de transcurrir, han visto dos ilustres

prisioneros. Por reveses de fortuna, Napoleon III, como sabeis, debió rendir su espada ; y secuestrado en una ciudad de Alemania, fué allí, en cierto modo, prisionero.

Pues bien ! ¿ quién iba á visitarle ? ¿ Qué diputación le han enviado las naciones vecinas ? ¿ Quién ? Algunos raros amigos, que continuaron siendo sus fieles cortesanos en la desgracia... ¡ Ah, ved al prisionero del Vaticano ; los obispos de todos los países del mundo van á recibir sus órdenes ; á cada hora nuevas diputaciones vienen á presentarle sus homenajes. Francia, Bélgica, Suiza, España é Italia envían cada dia fervientes católicos, lo selecto de la humanidad, á pedir consejos y recibir órdenes. De la misma manera que una pieza de oro, caída en la mar, se hunde poco á poco y desaparece para quedarse siempre en el fondo, así cada palabra del augusto Pio IX cae en nuestros corazones, que se cierran para conservarla. ¿ Y para qué, os pregunto, amados cristianos, estos respetos, esta sumisión y obediencia á un prisionero, que ya pasa de los ochenta años. ¡ Ah ! este magnánimo anciano es el representante de Cristo en la tierra, obedeciéndole á él, obedecemos al mismo Jesucristo ; cuando Pio IX habla en la Iglesia, es Jesucristo quien manda, y la menor de sus órdenes conmueve de polo á polo todo el universo cristiano. Los impíos la acogen con redoblado furor, y nosotros fieles, la recibimos humildemente de rodillas. Sí, Cristo impera. *Christus imperat.*

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, mientras os relataba la gloria y triunfo de Jesucristo ; mientras os le mostraba, aun en nuestros días, victorioso, reinando é imperando, tal vez haya brotado un pensamiento en vuestra imaginación. Examinando lo que pasa en estos tiempos, y viendo las persecuciones suscitadas ó á punto de suscitarse casi en todas partes contra Cristo y su Iglesia, habréis dicho : ¡ Vaya un triunfo !

Pues bien ! Que me sea permitido, al terminar, citaros una historia ó más bien una fábula, que me servirá de comparación ¹. Cuéntase, que un capitán inglés, arrojado por un naufragio á

1. Viaje del Capitan Gulliver.

orillas desconocidas, encontró allí criaturas humanas de talla excesivamente pequeña. Habiéndose él dormido, algunos millares de estas especies de hormigas humanas intentaron agarrotarle, pero sus cuerdas eran un hilo muy delicado, y sus estacas briznas de yerba, por lo cual, al despertarse el capitán, rompió enseguida estas ligaduras, sacudiendo á la muchedumbre, que había subido sobre su cuerpo, y su menor gesto hubiese ocasionado la muerte de centenares de ellas. Pues bien, ¿ qué son todos los hombres comparados con Jesucristo? Tomad á los más poderosos, al emperador de todas las Alemanias y al czar de todas las Rusias, ¿ qué son, repito? ménos que hormigas, ménos que el más despreciable insecto, Jesucristo aparenta dormir y dejarlos obrar, y durante este tiempo, entregados á consejeros perversos, procuran tal vez encadenar á Jesucristo y agarrotar su Iglesia. ¡ Insensatos! Él va á despertarse, y en los decretos de su adorable providencia, vuestra última hora no tardará en llegar!...

Sí, amados cristianos; los días, que atravesamos, son días de prueba; Pio IX prisionero; Italia entregada al poder de algunos centenares de sectarios; España, juguete de unos cuantos revolucionarios; Suiza, gobernada por algunos miserables, que la arrastran á su ruina; Alemania, persiguiendo á la Iglesia con un furor, que recuerda el de Lutero, y Francia vacilante é insegura de su porvenir! Pobres naciones!... Casi en todas partes levantan su cabeza insolente el error, las falsas doctrinas y la revolución; la verdad es burlada y la santidad perseguida; ¡ qué situación tan triste y angustiosa! Pues bien; en medio de esta terrible tempestad, no lo dudeis, Cristo triunfará. De la misma manera que los Apóstoles, en el día de la sepultura de su Maestro dirigian miradas de amor y de esperanza hácia este santo Monte, en donde reposaba Jesús en su sepulcro, esperando que los libertase; así, nosotros, cristianos, levantemos nuestros ojos hacia el cielo, y de allí vendrá también nuestro socorro¹. No faltará, estad seguros de ello; puede hacerse esperar, pero luego la

1. Ps. cxx.

mano de Cristo, cuya gloriosa Resurrección celebramos, castigará á los perseguidores y devolverá la paz á su Iglesia. En cuanto á nosotros, hermanos míos, adelantemos con nuestros ruegos el momento de nuestra libertad; demostremos con nuestras oraciones y actos que somos cristianos fieles y fervientes, y sea cual fuere la suerte que nos esté reservada acá en la tierra, tendrémos siempre la dicha de ir á la patria de los bienaventurados á contemplar á Jesucristo, vencedor y reinando durante la eternidad... Amen.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE CUASIMODO.

(JUAN, XX, 19-30)

Bondad de Jesús para con santo Tomás; agradecimiento y fidelidad de este Apóstol.

TEXTO. ¡ *Dominus meus et Deus meus.* !

EXORDIO. Hermanos míos, por la tarde del mismo día de la Resurrección, los Apóstoles, congregados para una modesta comida, habían cerrado cuidadosamente las puertas por miedo á los Judíos. De repente Jesús, que desde la mañana se había aparecido ya cuatro veces, entró donde ellos se encontraban. En medio de su asombro y sorpresa, creyeron ver un espíritu, pero, para tranquilizarles, les dijo el divino Maestro: « La paz sea con vosotros », y mientras hablaba, les mostró sus manos, sus piés y la llaga, que la lanza había abierto en su costado. Se alegraron mucho los discípulos, al ver nuevamente al Señor. — Les dijo por segunda vez: « La paz sea con vosotros! » Como me envió el Padre, así también os envío á vosotros. — Y al decir esto, soplo sobre ellos y añadió: « Recibid el Espíritu Santo; á los que perdo-